Lo remoto y lo interior

ERIK SÁNCHEZ GÓMEZ

Conforme nos alejamos del mal llamado mundo civilizado, de nuestra normal cotidianidad, y nos adentramos en territorio cada vez más remoto y despoblado, acompañados de cada vez menos personas, con menos contacto con interpretaciones ajenas sobre el mundo (disminuyendo la interacción y aumentando la contemplación), podemos ir sintiendo como la conciencia y el entorno comienzan a difuminar sus límites, a mostrar una relación sutil y secreta que se siente tan antigua que pareciera estar como al margen del tiempo.



Es como si un río interno que por naturaleza se viera impelido hacia afuera, se encontrara truncado de facto por las compuertas de las presas que son los límites externos, establecidos demasiado cercanos a nosotros, que desgraciadamente estamos acostumbrados a una invasión inaceptable a nuestra esfera íntima y volitiva. Por lo anterior es que el adentramiento en lugares remotos, alejados, a veces distantes en kilómetros, otras veces distantes de la normalidad. (ya que tanto podemos encontrar lo conocido en continentes lejanos, así como lo desconocido en nuestra casa o en nuestras propias conductas), permite que el torrente interior se abra camino hacia el exterior, como un capullo que floreciera al saludar al sol, o como una fuente brotando desde un manantial oculto.

Aunque lo cierto es que mientras el flujo interno permanece truncado en su natural expansión hacia el exterior (por horarios, compromisos, relaciones, necesidades y coerciones), nos terminamos identificando con esa apretada y constreñida esencia en la que creemos ver un Yo propio, aceptándolo como tal en sus radicales limitaciones, en los reflejos que recibimos del espejo, de los ojos de los seres amados, en los rasgos nacionales, regionales y familiares, en la acostumbrada voz interna, en todo lo que inconscientemente suponemos intraspasable y propio.

Todo lo anterior es ineludiblemente evidente cuando, con el alma anhelante y la voluntad limpia, nos adentramos en lo remoto; en lo remoto cada segundo tiene diferente duración, ningún lugar va siendo igual a sí mismo al ir existiendo, y la familiaridad de la autoconsciencia comienza a salpicar al entorno.

Recuerdo, por ejemplo, aquel camino de siete horas desde esta ciudad hasta un valle estrecho y umbrío muy adentro de la sierra, a muy poca distancia de los límites estatales; recuerdo los grandes lapsos de tiempo en los que no nos topamos con persona alguna, ni con sus rastros materiales, más allá del angosto camino de tierra y piedras por el que avanzábamos lenta y dificultosamente; recuerdo que pasamos por un pequeño pueblo esplendorosamente rodeado de enormes y verdes cerros, y que había una altísima chimenea de ladrillo en el centro, y a su alrededor estaban las humildes casas, muy lejanas entre sí, cada una en su loma, sin ningún lugar plano en todo el pueblo y con la constante amenaza de volcadura; recuerdo que después de lo que parecieron eternidades recorriendo el desolado camino llegamos a una lujosa capilla dedicada a algún santo, o a algún difunto (que viene a ser lo mismo, porque todos los difuntos son santificados por la añoranza y el amor), la cual se alzaba en una extraña colina en medio de dos cerros, con el tamaño de una pequeña iglesia y grandes ventanales completamente polarizados; todo era irreal: llegábamos a la que se suponía era la cima de una gran colina y sólo resultaba una insignificante ondulación de tantas en el horizonte liminal que se nos mostraba en múltiples ángulos anormales; las enormes y cercanas nubes parecían asomarse desde algunas colinas y cerros que conquistamos, y el cielo se sentía más irreal que de costumbre, como al mismo tiempo más profundo y próximo.



Las horas pasaron como segundos, como días y como horas, dependiendo el momento, como cuando pasamos muy lentamente allende a un pueblo largamente abandonado, con frágiles techos, caminos infestados de árboles, escuela en ruinas, con abandono y entrega totales, como rebosando grandes cantidades de pasado; mucho tiempo después, pasamos por otro pueblo en las mismas condiciones, pero este era considerablemente más grande y escarpado, teniendo como amplia avenida principal un profundo arroyo, seco desde hace muchos años, con numerosas casas abandonadas en sus márgenes, varios metros por encima de del muerto cauce, convertido en un flujo imperceptiblemente lento de rocas por las que ahora sólo el viento transita.

Pero los recuerdos más valiosos, aunque difusos, son los innumerables detalles y realidades internas imposibles de transmitir, de comunicar, al ser inefables, que ocurrían sincrónicamente con los sucesos exteriores como si unos fueran causa de los otros, y viceversa; recuerdo al tiempo transcurriendo con irregularidad impropia, pero en compañía más íntima de mi consciencia; recuerdo al sol lanzando sus rayos desde el cielo, desde los reflejos del agua, por entre las hojas de los árboles, y desde mí.

Los nombres propios de esos lugares sólo confirman la simbiosis de la consciencia con el entorno; sus ubicaciones relativas parecieran representarme como la proyección de un mapa interior; su clima y su humedad son el pronóstico de la niebla que contengo, del rocío que me vuelve nube; sus personas son como sombras que se independizaron de mi cuerpo y que ahora me sonríen desde la otredad; yo mismo ahora soy tan diferente, mi vida me parece tan ajena, la palabra voluntad va perdiendo su significado porque algo inconmensurablemente más grande actúa a través de mí, me lleva como una ligera pluma en los brazos caprichosos del viento; pero este viento alquímico porta en sí el significado de todo, sus repetitivas rachas representan los arquetipos que van aglutinando y conjugando las realidades compartidas, y que son como las manos divinas de la preservación y de la existencia, como signos y pistas de la inminente unión, completa y definitiva.

Al volver a casa, al hogar de lo previsible, el agotamiento me inunda, extenuado no por los kilómetros recorridos, sino como si hubiera estado despierto durante incontables años, como si me hubiera derramado por el mundo y el mundo se hubiera derramado en mí, y eso hubiera requerido indecibles esfuerzos físicos, anímicos, espirituales y mentales; conozco bien esa sensación, he hecho decenas de viajes similares a lo largo de los pueblos de esa misma sierra.

Mañana hay que volver al trabajo, por ahora sólo dormir y soñar, esperar que la cercanía y la cotidianidad, tan asfixiantes y celosas como de costumbre, en algún momento den paso a lo remoto y a lo interior, a lo interior y a lo remoto, tan indisolubles, en la forma de otro trayecto a esa sierra, o en una carretera congelada al otro lado del mundo, en la cima de una montaña, en la parte más profunda de una enorme y laberíntica cueva, en una lejana metrópoli donde nadie me conoce, entre una multitud para la que soy invisible, o quizá en la forma de un sueño del cual me destroza el corazón haber despertado, de una parte de mi cuarto ignorada durante años, de un atardecer tan distinto a los demás, de los rápidos y precisos movimientos de los pájaros que comen de mi mano mientras las campanas medievales anuncian el mediodía, el mediodía del entendimiento, que con exquisita calidez ebulle los ríos internos, llenando el aire de niebla divina.

